

formidables. Su ejército, después de la partida del religioso Simon de Monforte y de otros muchos señores que quisieron obedecer á la letra, quedaba reducido á unos cuarenta mil hombres, y se trataba de atacar á una ciudad muy bien fortificada, donde habia mas de doscientos mil hombres armados, si bien es verdad que, á escepcion de algunas tropas extranjeras asalariadas por los emperadores de Constantinopla, todos los demas eran gente poco aguerrida, y que además se contaba con la misma ciudad cuya parte más sana ansiaba la llegada del jóven Alejo.

El tirano su tío no dejó de mostrar al pronto resolución, y aun de revestirse de un tono muy orgulloso, que era harto jactancioso para ser inspirado por el verdadero valor. Envió á los latinos una especie de heraldo, de nacion italiano, con el mandato de decirles: «¿Por qué compareceis en mis dominios vosotros que sois cristianos como yo y que aspiráis tambien al recobro de la Tierra Santa? Si necesitáis de viveres ó de dinero, os los daré con gusto, con tal que saliendo de mis Estados continúeis vuestra piadosa expedición: pues yo no pretendo haceros ningun daño, aunque tengo fuerzas para ello. Aunque fueseis veinte veces mas, no evitaríais la muerte ó la derrota si yo quisiera desplegar mi venganza.» Conon de Bethune se levantó, y en nombre de los barones contestó del siguiente modo á aquellas baladronadas: «No es en los Estados de Alejo, el tirano, donde hemos entrado, puesto que el imperio no le pertenece. Quanto podemos prometerle, si quiere restituir la corona á su dueño legítimo sentado aqui entre nosotros, es que pediremos á este jóven príncipe que le perdone sus atentados: el usurpador debe contentarse con disfrutar de la honrosa comodidad que su augusto sobrino, en consideración á su sangre, tiene la generosidad de ofrecerle.» Y

echando una terrible mirada al legado añadió: «Partid cuanto antes, llevad esta contestación á quien os envía, y no tengais la audacia de volver otra vez, á no ser para prometer la satisfacción que le importa dar sin demora (1).»

Los cruzados, al ver que no comparecia ningun diputado, se acercaron á la ciudad, forzaron la cadena que cerraba el puerto y pasaron á tiro de saeta por debajo del muelle y de las murallas, coronadas de tantos combatientes, que, según cuenta Villa-Harduino en su verídica relación, parecia una masa de armas relucientes. Los occidentales pasaron á cuchillo el ejército del tirano Alejo, que era seis veces mayor que el suyo, y le obligaron á encerrarse dentro de la ciudad. Alejo admirado del arrojo de los latinos, no se creyó seguro en su doble fortaleza, defendida por doscientos mil hombres; y metiéndose desesperado en un buque huyó hácia la Tracia. Al punto los senadores y los principales ciudadanos sacaron de la prisión al emperador Isaac, y abrieron sus puertas á los cruzados que entraron con el jóven Alejo en medio de las aclamaciones del pueblo. Confirmó Isaac el tratado que hicieron con su hijo. Después de coronado emperador este jóven príncipe en el primer día de agosto del mismo año de 1203, escribió al Papa como á Cabeza de la Iglesia universal, y le prometió obligar á todos sus súbditos á renunciar el cisma.

Este era el aliciente ilusorio que empleaban los griegos, siempre que tenian necesidad de los occidentales. Olvidó Alejo sus promesas así que creyó podia pasar sin sus bienhechores. Se separó de ellos insensiblemente, y se entregó sin reserva á uno de sus parientes, llamado como él, Alejo, y mas conocido aun por el nombre de Mursu-

(1) Vill. Hard. n. 72.

flo, que le dieron por el aspecto siniestro de sus cejas erizadas. Quejáronse al jóven emperador los príncipes latinos de la infidelidad á su palabra, y el elocuente y altivo Bethune, que iba á la cabeza de la diputación, habló con tal entereza que los griegos, siempre insolentes cuando no se veían en peligro, estuvieron para pasar á cuchillo á los diputados y los despacharon con amenazas injuriosas. Estalló al punto el rompimiento, y se prepararon al combate: en el interin murió el emperador Isaac.

Formó entonces Mursullo el proyecto de hacerse él mismo emperador. Habíase hecho el jóven Alejo muy odioso á los griegos por sus exacciones, que llegaron á estenderse á las iglesias, de cuyos ornamentos y vasos sagrados se apoderó á pretexto de satisfacer á los latinos. Los desórdenes ocasionados por la guerra que tuvo con ellos, después de tantas contribuciones ruinosas, y las imprudencias de toda clase á que de intento le escitó el traidor Mursullo, dueño absoluto de su corazón, pusieron el colmo al odio y al desprecio público. Estalló de repente la revolución sin que el imprudente Alejo tuviese de ella la menor sospecha. Mursullo, después de algunas vanas tentativas para envenenarle, tomó un medio mas seguro y expedito, que fué el de ahogarle con sus propias manos el 8 de febrero de 1204, seis meses y ocho días después de la coronación de este desgraciado príncipe. Inmediatamente el parricida se hizo proclamar emperador y declaró la guerra á los príncipes cruzados.

Todos estos motivos reunidos animaban el valor de estos é hicieron creer que no debian considerar el prodigio de su primer triunfo sino como un suceso ordinario. En efecto, se apoderaron de la ciudad con tanta presteza como en la primera vez. Después de un asalto que duró todo el día, entraron en ella por escalada. Mursullo, que se encontraba acampado sobre una altura con mas de cien

mil hombres, se puso en fuga en la noche siguiente, y al otro día toda la ciudad se dirigió en procesión á pedirles misericordia. Concediéronles la vida y se permitió el pillaje, pero prohibiendo á los soldados atentar contra el honor de las mugeres. Hallaron riquezas inmensas, á pesar de que los griegos tuvieron tiempo de enterrar la mayor parte, aunque se encontraron después de hecha la paz. «Nunca, dice Villa-Harduino, nunca se cogió en parte alguna un botín tan rico de oro, plata y piedras preciosas.» Halláronse cuatrocientos mil marcos de plata para los franceses, y otros tantos para los venecianos; sin hacer mérito de lo que cada particular cogió para sí, contra la orden publicada de llevarlo todo á un mismo sitio, así para hacer una justa distribución, como para deducir la cuarta parte del total á beneficio de aquel príncipe de los cruzados que fuere elegido emperador. Igualmente cogieron una multitud prodigiosa de reliquias insignes, que todos los emperadores desde Constantino el Grande se esmeraron en trasladar á la nueva Roma, y que de allí se esparcieron por todo el Occidente; mas en tal confusión no fué fácil hacer constar su autenticidad, y evitar las supercherias cuyos efectos se ven todavía en la multiplicidad de muchos de estos piadosos monumentos.

Luego se trató de elegir un emperador, y nombraron doce electores, seis franceses, todos eclesiásticos, y seis legos venecianos. La elección recayó en Balduino, conde de Flandes y de Hainault, el cual en la edad de treinta y dos años tenia todas las cualidades capaces de hacerle respetable. Fué elegido el segundo domingo después de Pascua, y coronado con solemnidad en Santa Sofía el domingo siguiente 16 de mayo de 1204 (a). Habiendo convenido en

(a) Cuando Balduino I. subió al trono de Constan-

que si un francés era exaltado al trono imperial, lo debiese ser al patriarcado un veneciano, eligieron por patriarca á Tomás Morosini, natural de Venecia y subdiácono de la Iglesia romana. Para indemnizar al conde de Montferrato, jefe de los cruzados, de la preferencia concedida al conde de Flandes, á quien emulaba en valor, en sabiduría y en otras cualidades dignas del trono, le nombraron rey del país de Tesalónica. En fin, nada se omitió para establecer sólidamente

el imperio de los latinos en Constantinopla; pero la acción de la Providencia estaba visiblemente en todas estas empresas del Occidente en Oriente. Después de algunos reinados y mil agitaciones funestas, estos peregrinos conquistadores experimentaron iguales reveses en Grecia que en Palestina, y tal vez sucedió así en castigo de las faltas individuales de los peregrinos y de la obstinación de aquellos desgraciados países que no volvieron á la unidad católica.

LIBRO TRIGÉSIMO-NONO.

Desde la toma de Constantinopla por los cruzados en el año 1204, hasta el primer Concilio general de Lyon en el de 1245.

La noticia de la toma de Constantinopla y de la elección del emperador Balduino puso en no poco embarazo al Pontífice Inocencio III para responder á este príncipe que le pedía la confirmación de lo que se había hecho; pues no podía aprobar que los cruzados hu-

binopla, apenas había ya un simulacro del grande imperio que en Oriente fundó Constantino. Dejando á un lado las conquistas que ya habían hecho los califas de Egipto y de la Siria, las divisiones que se siguieron á esta ocupación de los latinos, desmembraron de tal modo el imperio que puede decirse vino á quedar reducido al estado de una potestad muy inferior á las monarquías de Occidente. Como verán muy luego nuestros lectores, erigieron á la vez tres tronos vecinos y por lo mismo émulos del de Constantinopla: el príncipe Bonifacio de Montferrato fué declarado rey de Tesalia ó de la Morea; Teodoro Láscaris, yerno del emperador Alejo Ángelo, formó para sí un imperio en Nicea, capital de Bitinia; Alejo Comneno se coronó príncipe y después emperador de Trebisonda; y los venecianos se apoderaron de varias islas del Archipiélago formando otro estado independiente. De este modo caminaba á su total ruina aquel imperio tan pujante en otro tiempo.

(N. del E.)

biesen vuelto contra los griegos, cristianos como ellos, las armas que habían tomado para fin muy diverso. Los obstáculos que esos griegos cismáticos oponían á los progresos de los latinos en Palestina, y aun los atentados de los últimos usurpadores sobre los emperadores legítimos, no le parecían causas suficientes para cohonestar la venganza tomada contra unos culpables á quienes no estaban autorizados para castigar. Agradable por otra parte la idea de ver otra vez en el centro de la unidad á la iglesia de Oriente, y la facilidad que ofrecía este medio para enviar auxilios á Tierra Santa. Así pues, en su respuesta tomó el partido de bendecir los designios de la Providencia, que con los procedimientos injustos de los latinos había castigado con justicia á los griegos y sus muchos delitos. Y sin profundizar demasiado estas materias delicadas, contestó que

podían conservar la Grecia conquistada por un secreto juicio de Dios, y que debían satisfacer á la divina justicia por lo pasado, é insistió principalmente acerca de las profanaciones que en el saqueo se habían cometido con los tesoros de las iglesias robados como bienes profanos, y mandó fuesen restituidos inmediatamente (1).

El patriarca electo para Constantinopla se hallaba todavía en Roma, de cuya iglesia era subdiácono. Confirmó Inocencio su elección, ó por mejor decir, suplió su legitimidad con la plenitud de su poder, como él mismo dice, pues le parecía irregular la forma y mas secular que eclesiástica. Confirióle luego por sí propio las órdenes, le dió el pálio, previniendo que sus sucesores le enviasen á pedir á Roma, y le concedió muchos privilegios, entre otros el de consagrar los reyes en el imperio de Constantinopla, y absolver á los percuores de los clérigos que era uno de los casos mas rigurosamente reservados entonces á la Santa Sede. Dispensóle tambien la prerogativa negada durante tanto tiempo y tan justamente por los Pontífices á los patriarcas de Constantinopla; es decir, el primer lugar después de Roma con respecto á las demas iglesias; pero al conceder esta gracia al patriarca latino Morosini, dice espresamente al Papa (2), que esta gracia se deriva de la Santa Sede, la cual, por la plenitud de la potestad apostólica, ha sacado como de la nada á la iglesia de Bizancio, y la ha elevado sobre las iglesias de Alejandría, Antioquía y Jerusalem. Por manera, que lejos de confirmar las antiguas pretensiones de los patriarcas de la nueva Roma y de reconocer en ellas el menor fundamento, las condenaba Inocencio III en el mero hecho de con-

ferir espontáneamente el título que estos patriarcas habían querido arrogarse.

Para conservar el nuevo imperio de los latinos en Oriente, mandó el Papa á los occidentales, tanto clérigos como legos que residiesen en la Romanía, esto es, en el país de Constantinopla, que perseverasen allí un año entero, si los cuidados de la Tierra Santa no los llamasen á otra parte (1). Escribió además á Francia persuadiendo á los varones recomendables por sus talentos y sus virtudes que pasasen á Grecia. Habiale suplicado el emperador Balduino que procurase estos socorros á la nueva iglesia latina de su imperio, y escitase generalmente á los occidentales de todos los países, de todos los estados y sexo á ir á tomar posesion de los ricos dominios que les ofrecía, y á formar establecimientos en una región cuya fertilidad y delicias encarecía sobremanera. Acudieron en tan gran número, no solamente los peregrinos, sino tambien los cristianos nacidos en Palestina, que muy pronto se vió obligado el Papa á condenar estas emigraciones y á quejarse de que esta provincia quedaba tan falta de hombres como de dinero. Así la revolución de la Grecia, que se había creído tan favorable al socorro de los Santos Lugares servía por el contrario á acelerar ó consumir su pérdida por los crímenes de los occidentales así como por los de los orientales de Grecia y de Palestina.

Los sarracenos, mucho mas afligidos por la sujecion de Constantinopla á los occidentales que lo habrían sido por la toma de Jerusalem, olvidaron sus propias desavenencias y procuraron por todos los medios imaginables debilitar y dividir á los cristianos. Entre estos había dos partidos que se disputaban el principado de Antioquía; uno era el de Boemundo, conde de Trípoli, y otro el

(1) Lib. 3, ep. 131.

(2) Ibid. ep. 19.

(1) Lib. 3, ep. 64 et 71.